

algun aliado poderoso. Dirigióse pues á Inglaterra, excitando al duque de Lancaster, yerno de Pedro IV, á reclamar la corona usurpada por Enrique de Trastámara con el apoyo de la Francia: el duque aceptó sus ofrecimientos, y un ejército inglés desembarcó en las costas de Galicia (1386). Alianza funesta cuyas tradiciones han vivido demasiado!

Los castellanos, amedrentados, se apresuraron á imitar á don Juan, invocando el auxilio de Carlos VI, quien, reconciliado entonces con Ricardo II, no se atrevió á abrazar abiertamente su causa; pero un buen número de caballeros franceses que apetecían toda ocasión de luchar contra Inglaterra, marcharon á España. El mas ilustre de ellos era Luis de Borbon, quien llevaba consigo á unos dos mil hombres, pudiendo decirse que las operaciones no dieron principio hasta su llegada. En el momento de entrar en batalla, Juan I, que queria asegurar el porvenir de su dinastía, se hizo absolver por el Papa del voto que habia hecho como gran maestro de Avis, y casó con Felipa, segunda hija del duque de Lancaster, habiendo tenido la prudencia de no aceptar á Catalina, la primogénita, á fin de no tener que apoyar algun dia sus pretensiones á la corona de Castilla, á no obtenerla el mismo duque (1387).

Esta lucha fué mucho menos encarnizada de lo que era de creer, por haber el ejército castellano adoptado el sistema de no combatir y de hostigar solamente al enemigo, táctica que le fué tan ventajosa como á Carlos V contra Eduardo III. El hambre, las fatigas y las enfermedades dieron pronto buena cuenta de los invasores que se encontraron así vencidos sin haber combatido. Las desavenencias de los ingleses y de los portugueses, de D. Juan y del duque de Lancaster, salvaron á Castilla; y mientras Juan I, pretextaba una enfermedad para volver á sus Estados, los ingleses solo pensaron en retirarse con honrosas condiciones. Obtuvo las fácilmente; Catalina casó con Enrique, príncipe de Asturias, y abandonado todo derecho por el mismo duque de Lancaster, confundieronse con este enlace las pretensiones de ambas familias.

Poco faltó para que la marcha de los ingleses renovase todos los peligros que Juan I se habia lisonjeado de conjurar con su auxilio; pero extenuados por cinco años de guerra, los castellanos

no permitieron que su rey sacrificase por mas tiempo los intereses generales á su ambición personal, y los derechos de Beatriz, sin ser abandonados, fueron muy débilmente defendidos. La primera tregua, firmada por mediación del duque de Lancaster, valió á Portugal la devolución de las ciudades adictas todavía á Beatriz, hasta que prolongada varias veces, acabó por convertirse en tratado definitivo en 1399. Con todo, muy viva habia sido la reyerta para no dejar tras sí hondos resentimientos, y los dos pueblos quedaron enemigos aun en el seno de la paz.

Gobierno de Juan I; extension de la autoridad real.

No contento con dejar bien puestos el honor y la independencia de su nueva corona, Juan I nada omitió para consolidar su naciente dinastía. Rey caballero, mostróse asimismo rey político, y rival de Alvarez en los campos de batalla, supo tambien cerrarse con su canciller, Juan de Regras, para dedicarse á la reforma de la administracion. Las numerosas leyes que publicó, ya para modificar, ya para crear, ya para introducir orden y unidad en el caos de las antiguas legislaciones nacionales, con ayuda del código de Justiniano que mandó traducir, le colocan en un importante puesto entre los príncipes reformadores de su época; pero en lo que mas se ocupó, fué en extender mas y mas la prerogativa real á ejemplo de los reyes de Francia y de Castilla; empresa que llevó á cabo, porque para conseguirlo, contaba no solo con la razon y el derecho, sino con el apoyo de la nacion y con el ascendiente irresistible que le habian dado sus victorias; mayormente cuando la decadencia del régimen feudal, en ventaja comun de reyes y pueblos, era á la sazón un hecho europeo. Las horribles luchas de los Armagnacs y de los borgoñones no la impidieron, pero la entorpecieron en Francia. Las leyes inevitables del progreso condenaron á la edad media á una muerte mas ó menos rápida, pero general; y Juan I.º fué solamente uno de los mas diestros destructores del feudalismo.

Bajo este mismo príncipe sustituyose en Portugal el uso de la era cristiana al de la de Julio César, empleada hasta entonces en los documentos públicos y en las obras literarias.

Primeras empresas de Portugal en el exterior; toma de Ceuta (1415).

En medio de los pacíficos trabajos del gobierno interior, Juan I parecía olvidar las guerras y las conquistas, cuando sus hijos, ganosos de justificar su nuevo título de caballeros, le suplicaron que emprendiese alguna expedición, en la que pudiesen ostentar su juvenil denuedo. Estos hijos eran cinco: Eduardo, Pedro, Enrique, Juan y Fernando. El primogénito, Eduardo, tenía veinte y dos años. Su hija Isabel, tan valerosa como sus hermanos, casó mas tarde con Felipe el Bueno, y dió á luz á Carlos el Temerario.

Los hijos de Juan I, despues de una larga deliberación sobre la conquista que podrian ofrecer á su padre, adoptaron el parecer de Fernando, el mas jóven, y resolvieron proponerle el sitio de Ceuta, en la costa africana, frente de Gibraltar. A mas de que aquella plaza era musulmana, de que presentaba el atractivo de una cruzada, y de que amenazaba incesantemente á la España meridional, servía de refugio á todos los corsarios que infestaban los mares vecinos, y entorpecía los progresos de la marina portuguesa (1415).

Aunque á Juan I le agradaba el ardor guerrero de sus hijos, vacilaba en satisfacerlo: pero accedió por fin á sus ruegos por consejo de su antiguo amigo Alvarez, y solo se pensó ya en los preliminares de aquella importante expedición. Así, pues, Portugal iba por primera vez á salir de sus fronteras y á conquistar, despues de haberse por tanto tiempo defendido, siendo la guerra de Ceuta el primer paso en una senda que debía poner muy alto la gloria de aquel país. Gracias á la dirección de cuantos tomaron parte en los preparativos, nadie supo su objeto, y todos los príncipes de España, y mas que todos el rey de Granada, ofrecieron en vano comprar muy caro aquel gran secreto. Calculadas indiscreciones acreditaron solamente la opinión de que iban dirigidos contra Holanda.

Todo iba bien, cuando se declaró la peste en Lisboa y arrebató á un sin número de sus habitantes, siendo la víctima mas ilustre la virtuosa Felipa, esposa de Juan I. Sus últimas palabras fueron para ordenar que su muerte no suspendiese la famosa expedición cuyos elementos todos contenía ya el puerto, y para atraer las bendiciones del cielo sobre los que tomasen parte en ella.

Cumplióse la voluntad de la reina, y apenas terminados los funerales, y mitigado el dolor primero, el rey mandó que el ejército, y tambien sus hijos, se vistiesen de gala, y los doscientos treinta buques de que constaba la escuadra, impelidos por un viento favorable, hicieron rápido rumbo hácia las costas de África.

Á pesar de las repentinas borrascas y de las desavenencias que al principio comprometieron el éxito de la expedición, Ceuta cayó en poder de los cristianos el dia 24 de agosto de 1415. Aunque abandonada por su gobernador Cala-ben-Cala, aquella plaza no sucumbió hasta despues de una admirable resistencia, durante la cual descolló entre los combatientes todos el infante D. Enrique, tercer hijo del rey. Juan demolió parte de la ciudad, convirtió en iglesia la mezquita mas hermosa, y confirió á sus hijos el merecido título de caballeros. Despues de arrancar al islamismo las provincias que componian su pátria, los portugueses iban ya á atacarles en la suya y devolverle cruzada por cruzada. Desde aquel dia, el Africa llamó siempre su atención, y como todo lo que de ella sabian escitaba su curiosidad ó sus deseos, quisieron cerciorarse de la certeza de lo que les referían. La guerra de Ceuta fué provechosa en cuanto dió el primer impulso al gran movimiento marítimo que, revelando paulatinamente al hombre todas las partes incógnitas del universo, ha acabado por ponerle en posesion de su morada entera.

Benéfica influencia del infante D. Enrique.

De esta gloriosa época datan los primeros descubrimientos marítimos cuya relación engrandece de improviso tan magníficamente la historia de Portugal; de modo que cuanto ocurre despues en el país se eclipsa ante los grandes acontecimientos que le enaltecen en los ángulos del mundo conocido. Su verdadero dominio y el teatro de su gloria es desde ahora el Océano, y si alguien estraña que á tan reducido reino le haya cabido tan alta fortuna, tenga presente que, situado Portugal en el extremo del continente europeo, tenía sin cesar á la vista el espectáculo del Océano; que comprimido en España por Castilla, necesitaba ejercitar fuera de la península su actividad y su valor; que poseedor

de Ceuta, sabia mas respeto de Africa y de las regiones desconocidas del Oriente que ningun otro pueblo de Europa; que su marina habia ya prosperado considerablemente; y en fin, y tal vez sobre todo, que le excitó á los descubrimientos un príncipe cuyo solo nombre evoca todavía en Portugal todos los recuerdos de la pasada grandeza: D. Enrique.

Este nació en Oporto ó en Villaviciosa, en 1394. Alejado del trono por su nacimiento, dióse muy pronto al estudio de las ciencias exactas, con el mismo ardor que su hermano D. Pedro á los estudios literarios, y no tardó en distinguirse bajo la activa solicitud de su madre Felipa. Era entonces la época en que el primer fulgor del renacimiento empezaba á luchar contra las espesas tinieblas que envolvian la Europa; la edad media tocaba á su fin, así para las inteligencias como para las sociedades.

La pasión por la marina dominaba ya á D. Enrique cuando la expedición de Ceuta vino á desarrollarla mas aun; y combinando con sus lecturas los datos que entonces recogió, no se ciñó á soñar descubrimientos, sino que resolvió realizarlos. Como era piadoso, debía tambien alentarle á ello su amor á la religion.

¡A cuantas almas iba á librar de la idolatría, mientras que la religion, revoloteando al rededor de las velas portuguesas santificaría sus conquistas! D. Enrique reunió en tres palabras que adoptó por divisa sus patrióticas y religiosas aspiraciones: «Deseo hacer bien!»

Primeros descubrimientos; Puerto Santo; Madera.

Cuando D. Enrique volvía de Ceuta con su poderosa escuadra, dos jóvenes hidalgos, Tristan Vaz y Gonzalez Zarco le pidieron nueva ocasion de mostrar su valor. El infante les confió un pequeño buque con encargo de seguir las costas de Africa, y ellos, rebosando de contento y llevados por vientos favorables, abordaron muy pronto en un islote que llamaron Puerto Santo. Este descubrimiento, que de suyo era insignificante, aumentó la audacia de los portugueses, y no bien Tristan Vaz lo puso en noticia del infante, volvió á partir para colonizar la nueva tierra. D. Enrique, renunciando enteramente á la corte para consagrarse sin distraccion á las grandes empresas que meditaba, fué á establecerse á la punta del cabo de San Vicente, en Sagres (Algarbes).

Colocado allí en el extremo del continente europeo, inclinado, digámoslo así, sobre los mares desconocidos que se extendian delante de él, fundó una célebre escuela de navegantes en la que se exaltó mas y mas la afición á los descubrimientos, y en la que cibió nuevas aplicaciones la brújula, ya mejorada por el italiano Goya de Amalfi.

De regreso á Puerto Santo, vieron los marineros dibujarse en el horizonte una línea oscura é inmóvil. ¿Que era aquella línea? La crédula imaginacion de los portugueses del siglo XV, no dejó de extraviarse al principio sobre el particular; pero la realidad desvaneció pronto aquellos sueños. Tristan y Zarco se dirigieron á aquel punto misterioso, y reconocieron una isla considerable, cubierta de bosques y montañas. Abordaron en ella el dia 3 de julio de 1419, admiraron su fertilidad, y la designaron con el nombre de Madera. Puerto Santo quedó casi abandonado con motivo de esta nueva conquista.

Regocijado por este segundo descubrimiento, D. Enrique confiaba sin duda hacer de Madera el astillero de la marina portuguesa, cuando voluntariamente ó no, los que la habian ocupado pegaron fuego á los inmensos bosques de que tomaba su nombre. Este incendio que se propagó de colina en colina hasta la costa, fué tan considerable, segun dicen, que duró por lo menos siete años, y los portugueses tuvieron que embarcarse para librarse del mortífero calor. Como quiera que sea, D. Enrique despues de manifestar el profundo sentimiento que tal destruccion le causaba, aprovechó la maravillosa fertilidad que el mismo incendio habia dado á Madera, para plantar en ella cañas de azúcar y las famosas cepas de Borgoña y Chipre, plantaciones que por su buen éxito hicieron de Madera el centro de un importante comercio. Juan I felicitó á su hijo por la nueva gloria que á Portugal procuraba, y para manifestarle mas y mas su satisfaccion, donó Madera y Puerto Santo á la orden de Cristo, de la que el infante era gran maestro. Estos primeros triunfos escitaron el ardor del príncipe, tanto mas cuanto todas las cartas y mapas que recibiera de los diversos países de Europa, de Venecia, del Oriente, le confirmaban en las grandes esperanzas que le habian infundido las relaciones de viajeros célebres, los escritos de la antigüedad, y el estudio de las ciencias exactas.

Ocupacion de las Canarias, de las Azores y de las costas africanas; dos caminos hácia las Indias.

Las islas Canarias, que los portugueses ocuparon en seguida, no fueron en verdad el fruto de un descubrimiento, sino que las cedió al infante D. Enrique el francés de Bethencourt, á quien Castilla confirió la investidura de ellas en 1417, y D. Fernando de Castro solo recibió el encargo de ocuparlas. Rechazado por las belicosas tribus que en ellas moraban, Castro se dirigia á pedir refuerzos, cuando supo que Castilla reclamaba todo el archipiélago, en virtud de los derechos que le transfiriera D. Luis de la Cerda, á mediados del siglo XIV. D. Enrique sintió algun tanto la restitucion de unos países en que se creia haber hallado las islas Afortunadas, y cuya situacion era tan importante. Sin embargo no osó infringir la voluntad de su padre, y legítimamente ó no, las Canarias pasaron á la dominacion de Castilla.

D. Enrique se consoló en breve con la rápida prosperidad de la agricultura en Madera, con las felices exploraciones de Perestrello, y sobre todo con el descubrimiento de las islas Azores. Hácia 1431 recibieron San Miguel y Santa María sus primeros habitantes, no siendo colonizadas las demás islas, y particularmente Terceira, hasta á mediados del mismo siglo. Así, avanzando los portugueses de isla en isla á través de los misteriosos desiertos del Océano, se encontraban ya á la mitad del camino del nuevo mundo, y la tradicion añade que en una de aquellas nuevas tierras se elevaba una estatua ecuestre que colocada en la cumbre de la mas alta colina, indicaba con su mano derecha los países del noroeste.

A mas de enriquecer con tan bellas joyas la corona portuguesa, el infante D. Enrique no cesaba de reconocer las costas occidentales de Africa, á fin de abrirse una nueva senda hasta las Indias orientales. Segun la opinion de aquel tiempo podia conseguirse esto por dos caminos: el uno al este, el que fué seguido por los portugueses, y el otro al oeste, á través del Océano Atlántico, pues se creia que Asia venia casi á unirse con la Europa. Este último, adoptado mas tarde por los españoles, llevó á Colon al término deseado, entregándole un nuevo mundo, en vez de las antiguas costas que buscaba.

Los primeros pasos de los marinos portugueses á lo largo de la costa africana fueron lentos y tímidos. En 1412 se habia ya reconocido el cabo Non; pero nadie se atrevia á trasponer el cabo Bojader, pues se decia que San Brandam, que lo habia hecho con dos naves, no habia vuelto, y que los límites del universo habitables, sitios precisamente en aquella parte, no podian traspasarse impunemente.

Muerte de Juan I (1433); su gloria.

Tales eran los progresos y las esperanzas de la marina portuguesa, cuando Juan I terminó su gloriosa carrera (14 de agosto de 1433), en el día aniversario de la victoria de Aljubarrota y de la toma de Ceuta. Sus pueblos le han llamado el *rey de buena memoria*, y en efecto, bajo su reinado, adquirió Portugal nueva vida, pues los grandes hechos que este reino realizó en lo sucesivo fueron únicamente las magníficas consecuencias del poderío cuyos gérmenes sembrara D. Juan I.

Cuatro años antes habia muerto el grande hombre cuyo nombre asocia la historia al de Juan I, el condestable Alvarez Pereira. Colmado de bienes y honores en premio de los numerosos servicios que habia prestado á su príncipe y á su país, Alvarez no quiso conservar mas que su gloria, y satisfecho con haber casado su hija única con un hijo natural del rey D. Alfonso (1), resolvió ir á expiar en un monasterio los pensamientos de humano orgullo á que se abandonara en su juventud. Allí vivió nueve años bajo el humilde hábito de carmelita, sin separarse de ninguna de las austeridades monásticas, y sin permitir que le diesen otro nombre que el de Nuño, costando mucho el impedir que viviese de limosnas, y que se fuese mendigando hasta el Santo Sepulcro. Sin embargo, conservaba en su celda la lanza y y la espada que le habian dado tanta fama, y mas de una vez consintió el pobre fraile en volver á ser el consejero de su rey.

Época admirable sin duda fué la que vió nacer á tantos nobles príncipes, caballeros y navegantes, si bien la nacion entera, preciso es confesarlo, era digna de tan gloriosos jefes. Jamás fueron

(1) Este enlace fué el origen de la casa de Braganza.

tan puras las costumbres; jamás se halló tan exaltado el espíritu caballeresco; jamás se generalizó tanto el entusiasmo de las grandes empresas. Do quiera que se tendiese entonces la vista, reconocíase que el pueblo portugués había llegado al mas brillante período de su existencia. Cada nacion tiene su siglo de gloria, mas ó menos esplendente; la de Portugal fué deslumbradora.

CAPÍTULO VIII.

Los progresos de Portugal se entorpecen; funestas cruzadas en Africa (1433-1481).

ACERTADA ADMINISTRACION DE EDUARDO I (1433-1438).—PROSIGLE D. ENRIQUE SUS DESCUBRIMIENTOS; EL CABO BOJADOR (1434).—DESGRACIADA EXPEDICION CONTRA TANGER (1436): TRISTE MUERTE DE D. ALFONSO; MUERTE DE EDUARDO.—MINORÍA DE ALFONSO V EL AFRICANO (1438-1453); TAUSTA REGENCIA DEL INFANTE D. PEDRO.—LOS NAVEGANTES PORTUGUESES LLEGAN AL RIO OURO; BULA DE EUGENIO IV.—MAYORÍA DEL REY; DESGRACIA Y MUERTE DE D. PEDRO EN EL COMBATE DE ALFARROBEIRA (1449).—PROYECTOS DE CRUZADA DE ALFONSO V.—TRES EXPEDICIONES AL AFRICA (1458, 1464, 1471).—FUNESTA INTERVENCIÓN EN CASTILLA EN NOMBRE DE DOÑA JUANA; DERROTA DE TOURO (1476).—NEGOCIACIONES ESTÉRILES CON EL REY LUIS XI.—ABDICACION Y MUERTE DE ALFONSO V.—EN TIEMPO DE ALFONSO V SE SUSPENDEN LOS DESCUBRIMIENTOS.

Acertada administracion de Eduardo I (1433-1438).

Mientras eran conducidos al convento de Batalha los despojos de Juan I, cuéntase que un astrólogo judío, lanzándose de repente fuera de la consternada muchedumbre, exclamó: «Mal dia ha escogido Eduardo para su coronacion. Los astros anuncian tempestad. Desgraciado de él! desgraciado del pueblo!» Estas siniestras palabras turbaron por un momento los tímidos ánimos de aquella época; pero las dulces virtudes de Eduardo, su valor, su buena educacion, y los excelentes consejos que recibiera de su padre moribundo, protestaban muy alto contra ellas, y olvidadas luego, solo se pensó en las brillantes esperanzas que el jóven príncipe diera desde su infancia; solo Castilla tuvo alguna dificultad en reconocerle.

Los primeros actos del nuevo rey refutaron mucho mejor aun la fatídica profecía. Guiado por los inteligentes consejeros de su padre, parecia que solo deseaba mejoras y reformas.

La justicia nacional experimentó muy pronto su zelo, y las leyes que la regian, hasta entonces dispersas y discordantes, se reunieron y coordinaron por primera vez. Portugal, pues, tuvo un código cuando los reinos mas grandes de Europa no tenían mas que leyes imperfectas. Los portugueses, contentos con un rey que, á pesar de su juventud, era tan circunspecto y cumplido, creían ver en él á otro Juan I.

Prosigue D. Enrique sus descubrimientos; el cabo Bojador (1434).

Al propio tiempo, su hermano D. Enrique cuidaba de que no faltase gloria al nuevo reinado. El archipiélago de las Azores, que solo había sido reconocido, recibió numerosos colonos; la isla de Madera no cesó de enriquecerse, y en las costas de África, el cabo Bojador dejó de ser una barrera insuperable. El infante había ya dirigido al terrible cabo doce expediciones sucesivas, las cuales volvieron todas con un rico botin tomado á los infieles, pero sin haber ejecutado lo que él tanto deseaba, hasta el dia en que eligió á Gil Eannez (1433). Este regresó al principio como los demás; pero decidido á morir antes que merecer las reconvenções de su jefe, volvió á partir, y esta vez no se detuvo hasta que hubo confundido las leyendas de que el cabo era objeto (1434). El infante á quien trajo rosas cogidas mas allá de aquel límite, le colmó de elogios, le hizo caballero, y dióse prisa en aprovechar aquella feliz empresa, enviándole otra vez allí junto con Gonzalvez Baldaya. Ambos llegaron hasta cincuenta leguas mas allá del cabo Badajor, exploraron las costas, descubrieron la bahía dos Riuvos, y acabaron de disipar con su pronto regreso los vanos terrores que habían ocasionado aquellos ardientes países. Este descubrimiento sencillo en sí produjo una gran revolucion, pues levantó al fin el velo que ocultaba el nuevo mundo á los ojos del antiguo. El camino estaba abierto; solo faltaba emprenderlo.

Gil Eannez y Baldoya fueron tambien los primeros en tentar nuevas expediciones. Llegados á sesenta leguas al sur de la bahía